

Poesía en guerra, y

Eduardo Haro Ibars



A lo largo de la Historia, el arte —obra colectiva de pueblos antes que de individuos aislados— ha ido siendo arrancado a sus creadores, a sus verdaderos dueños: la arquitectura, la escultura, la música y la poesía, por no citar más que unas cuantas formas de expresión, se han convertido en «Bellas Artes», encerradas en museos o convertidas en monumentos. Las élites poderosas han guardado celosamente en sus vitrinas aquello que les parecía más interesante —matándolo así, en un proceso de desnaturalización que tendría su colofón más estúpido en la teoría orteguiana de la «deshumanización del arte»— y han condenado a todo lo demás a quedar encasillado bajo el apelativo de «artesanía»; es decir, de algo distinto y menor que la expresión artística.

guerras de la poesía

ESTE divorcio entre lo «popular» y lo «culto» tiene un paralelismo evidente en el mundo de la ciencia, en el de la política y, en fin, en todos los aspectos del saber humano que permitirían la libre gestión del hombre por sí mismo: todo se va convirtiendo en tesoro de especialistas, de una casta o clase de tecnócratas detentores del saber y de los medios de expresión. Así, la mayoría dominada ignora por completo los mecanismos del mundo real, vive en un mundo que no puede conocer y es, por lo tanto, incapaz de transformarlo en su provecho. Es incapaz incluso de comunicar entre sí, puesto que el lenguaje y su plasmación queda también en manos de otros.

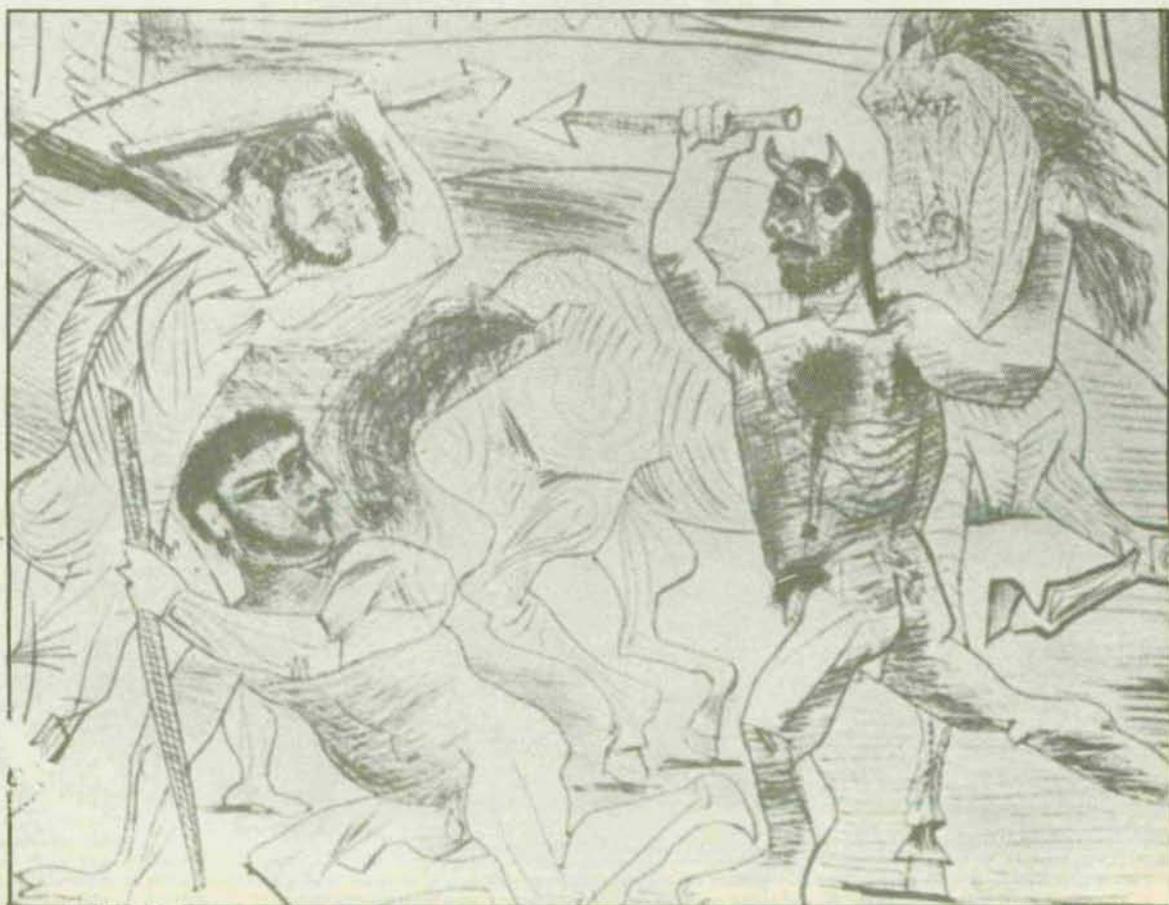
No puede explicarse de otro modo la desaparición, en el terreno de la poesía española, del romance durante el Siglo de Oro: las clases en el poder lo desprecian como forma menor de poesía, y buscan en el soneto y otras formas de expresión italianizantes un medio de expresión propio, privilegio de una casta de señores. El romance, que era medio de comunicación, de expresión del sentir común de un pueblo; el romance, que cumplía la función del periódico

cuando éstos no existían, va quedando olvidado, arrumbado. Y esto no debe ser entendido como una crítica a la evolución del lenguaje poético, fenómeno normal y necesario, sino mostrado simplemente como ejemplo del modo que tiene la clase en el poder de canalizar tal lenguaje, de utilizarlo para sus propios intereses, y sobre todo de quitarle su fuerza como medio de comunicación de masas, como arma de combate contra ella. De ser la voz de su pueblo, la expresión de un sentimiento colectivo, el poeta se convierte, a partir del Siglo de Oro, en una especie de «sacerdote del Verbo», y a formar parte de una casta aparte, creada artificialmente al servicio del Poder, como lo es también —más adelante— la casta burocrática.

Desde luego, la clase popular no calla: se expresa en coplillas (1), en graffiti, en canciones.

(1) Ver, a este respecto, la «Antología de Poesía Popular Obscena», recogida e introducida por Amelia Dié y Jos Martín, y que, con prólogo de J. M. Caballero Bonald, publica Ediciones de la Torre. Ahí se pueden ver manifestaciones del ingenio popular durante el franquismo, si bien se limita al sector —muy rico y variado, sin embargo— de lo obsceno y lo escatológico.

El arte, la cultura —creaciones colectivas de los pueblos— han sido, a lo largo de la Historia, devirtidos y convertidos en juegos de mandarines. Pero la expresión popular sigue existiendo, manifestándose como en esta «Tauromaquia» debida a Picasso.



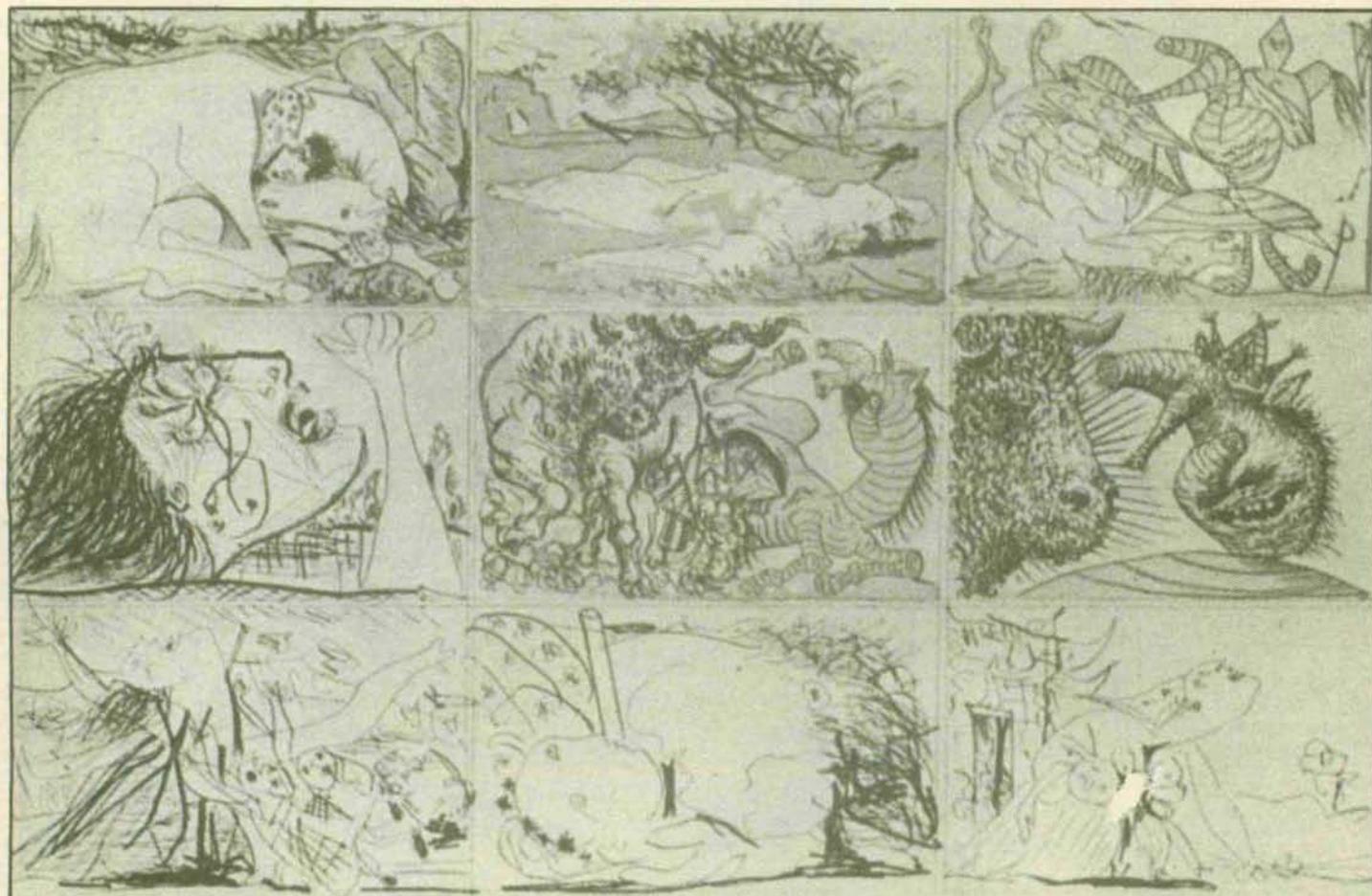


Alberti, poeta militante, hombre comprometido con la causa del pueblo, fue uno de los primeros en preconizar un abandono del cultismo cerrado para comunicar más estrechamente con el pueblo en armas.

Renace con fuerza en el corrido mexicano para expresar la gesta de su Revolución (2), adoptando incluso la forma arromanzada que tan bien había servido en España; se mueve en el mundo francés de los chansonniers del siglo pasado; y en los tangos argentinos que son expresión de una realidad urbana. Los ejemplos de utilización de ciertas formas de poesía por parte del pueblo son innumerables, y van casi siempre unidos a la expresión musical. Incluso la moderna canción popular, del blues al rock, han servido para expresar la desazón y los problemas de los oprimidos, sean éstos negros o blancos. Pero, eso sí, tales formas de expresión quedan siempre reducidas a modos menores, deleznable; tonterías que —nos dicen los críticos, pertenecientes también a la casta sacerdotal— pueden tener cierto interés como fenómeno sociológico, pero que no pueden considerarse como arte.

Cuando el romance popular, la expresión poética de un pueblo en conflicto, renace con mayor fuerza es, sin duda, en tiempos de la guerra civil y de la revolución española de 1936-39. Ahí, en esos tres años terribles de tragedia y de

(2) Se puede consultar «El Corrido Mexicano», de Alvaro Custodio, publicado por Ediciones Júcar, colección «Los Juglares».



«Los sueños y las mentiras de Franco» —que no debía ensoñar mucho, sino más bien padecer dantescas pesadillas de sangre— han sido interpretados por Picasso en una serie de dibujos que tienen mucho que ver con la estética del cómic.

esperanzas truncadas día a día, de revoluciones rotas y de batallas ganadas o perdidas; en el tráfigo y el caos de la guerra, el pueblo español confisca, como muchas otras, una de sus herramientas: la palabra. Y la emplea con fuerza contundente, como arma y medio de propaganda, pero también para darse ánimos, de burlarse del enemigo; también, en su vena lírica —pues no todo ha de ser epopeya y heroísmo: es el conjunto de todos los romances lo que forma la épica, pero los hay también de gran lirismo— como expresión de sentimientos, medio de comunicación entre distintos sectores del pueblo: los hombres del frente hablan a la retaguardia, y desde ella reciben animosa respuesta; los soldados escriben en verso a sus mujeres, a sus madres, a sus amigos... La palabra vuelve a sus verdaderos dueños, que son quienes la han hecho.

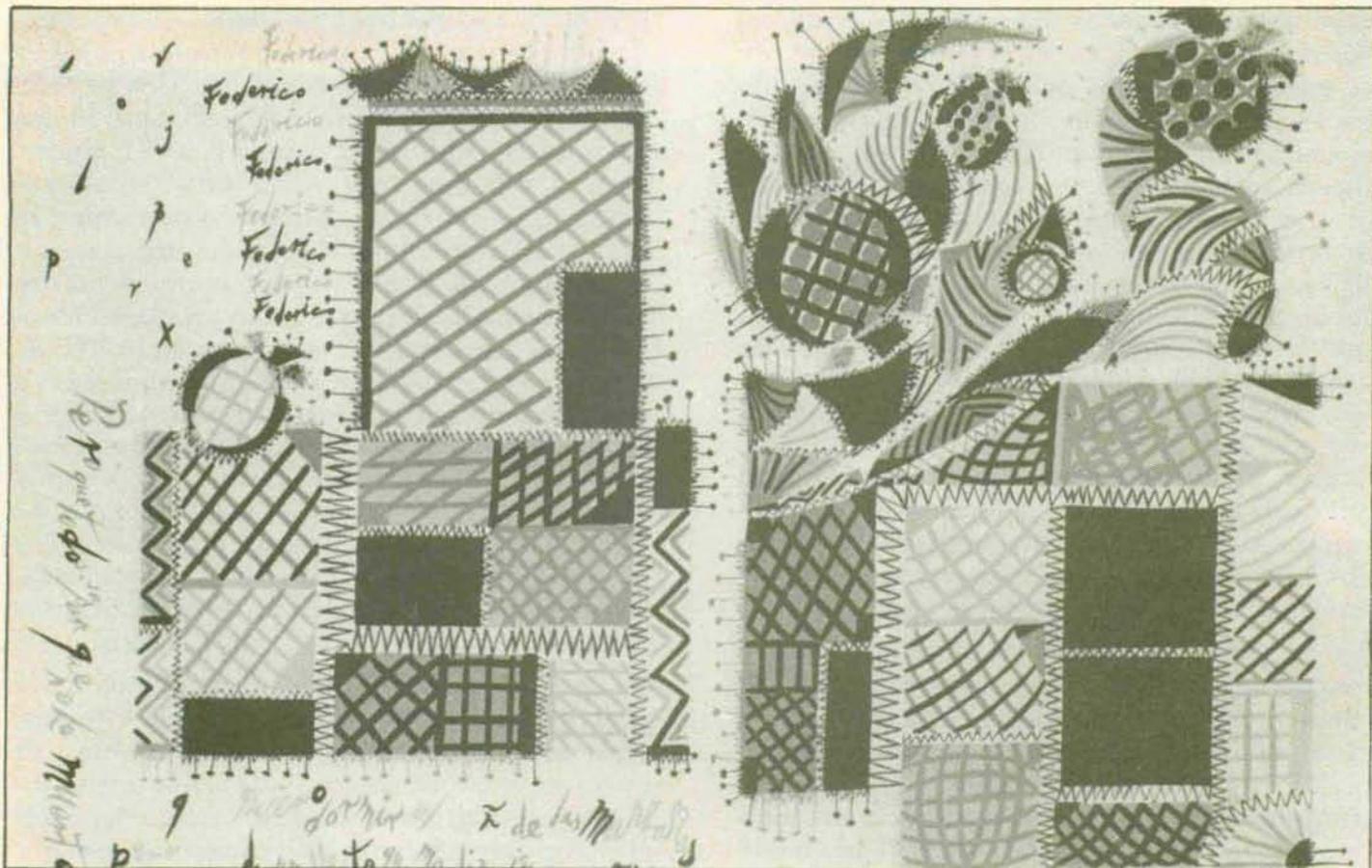
Por su parte, los Poetas —y ahora me refiero a los poetas «oficiales», pertenecientes a la casta intelectual— que hasta el momento de la guerra habían cultivado, en muchas ocasiones, formas de «poesía pura», alejada por completo del sentir popular, abandonan, aunque sólo sea de manera circunstancial su lenguaje alambicado, y adoptan el romance sencillo y sin sorpresas que muchos habían des-

preciado. Los Poetas de España —hay, claro, deshonrosas excepciones (los nombres están en boca de todos)— se dan cuenta de que también pertenecen a la clase de los trabajadores oprimidos, explotados como ellos, y trabajan para la misma causa. Abandonan sus hopalandas sacerdotales, cambian la lira por la guitarra, visten el mono azul del miliciano. Y así, unidos pueblo y poetas, como debieran haberlo estado siempre, crean un nuevo fenómeno: el renacimiento, en pleno siglo XX, de una forma de expresión poética que parecía ya perdida y olvidada. Pero su romance adopta formas nuevas, condicionados por lo que están contando: cabe hablar de tanques, de fusiles y de aviones; y los hallazgos vanguardistas de Alberti, de Lorca, de Cernuda, encuentran eco en los más ingenuos obreros y campesinos, convertidos al mismo tiempo y por las mismas circunstancias en poetas y en soldados.

Se han recopilado muchos romanceros de la guerra civil; se han recogido muchos textos, obra del pueblo en armas y de sus poetas. El que aquí y ahora nos ocupa es bastante completo, y está titulado «El Romancero del Ejército Popular». Recoge una muestra muy amplia de la poesía de entonces, que se hacía en las trincheras y en la retaguardia, entresacada



Los poetas que hasta la guerra habían cultivado formas de «poesía pura», alejada del sentir popular, abandonan circunstancialmente su lenguaje alambicado.



Resulta tan imposible como inútil el tratar de hacer una crítica literaria formal de los textos que componen el rico romancero de la Guerra Civil. No se trata aquí precisamente de arte, sino de expresión de un pueblo en lucha.

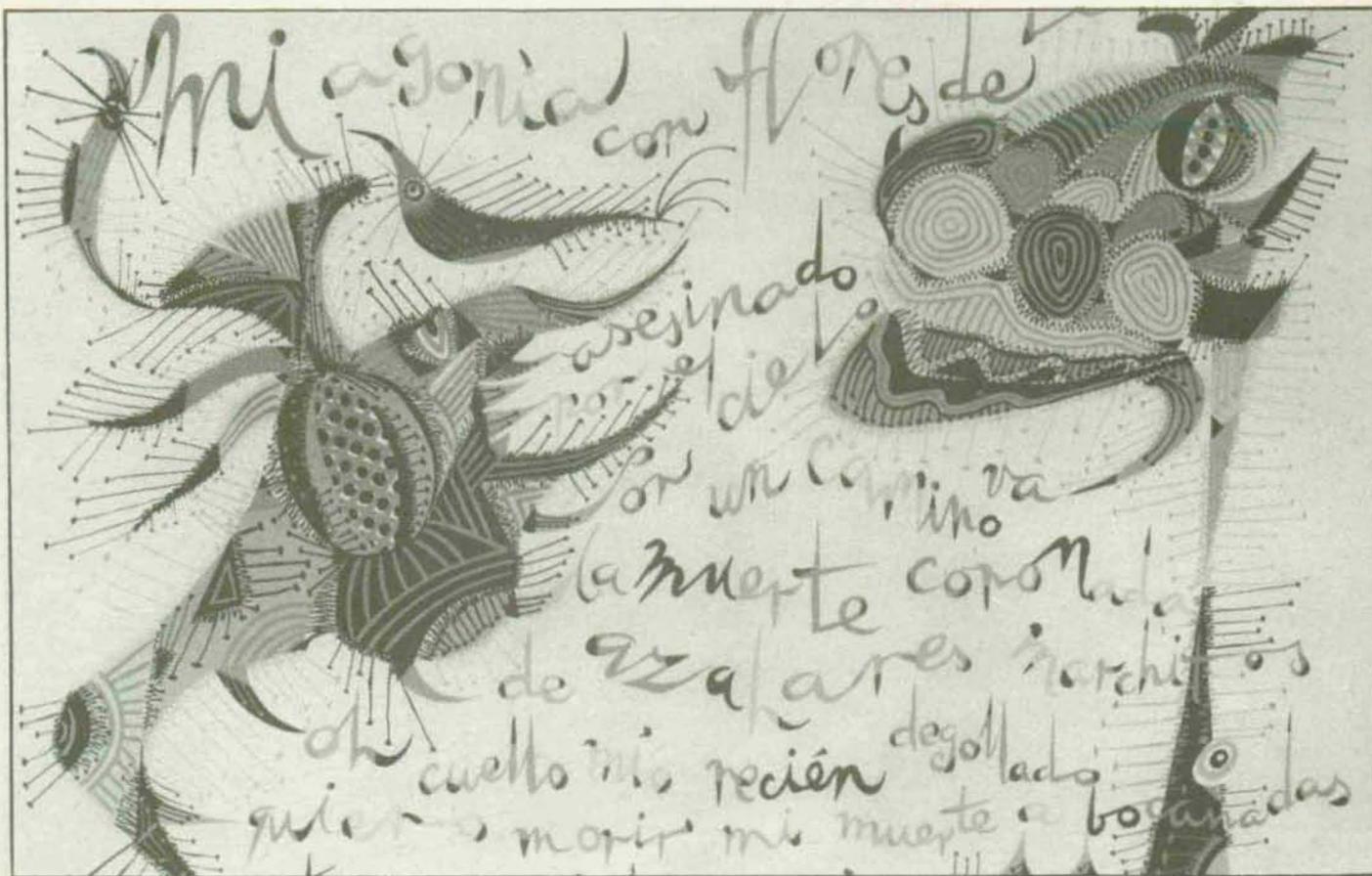
de más de doscientas publicaciones de entonces: organismos de distintos batallones, de partidos políticos; hojas volantes de determinadas corporaciones profesionales, de Ateneos Libertarios o de agrupaciones sindicales, donde la poesía y la cultura en general eran consideradas como armas de combate en la guerra social. El antólogo Antonio Ramos Gascón no ha cometido el error de pretender separar en grupos distintos la poesía del pueblo propiamente dicho, de las voces famosas de aquel tiempo. Así, podemos encontrar romances por completo anónimos, junto a textos de, por ejemplo, Antonio Machado. Tras una interesante, enjundiosa y rica introducción histórico-literaria, que aclara muchos puntos oscuros sobre el tema, y que es debida a su constante labor de investigación, Ramos-Gascón nos ofrece el libro dividido en temas: «Romances sobre la aviación negra», «Héroes del Pueblo», «Canto a la defensa de Madrid», etc.; así ordenado, el libro presenta un panorama de los temas que más preocupaban a los soldados y milicianos —al pueblo, en una palabra— durante la guerra. Y esta labor, en sí muy bien realizada, se ve completada por una abundante sección de notas muy necesarias; notas que explican quiénes eran los personajes allí citados, populares entonces y ahora desconocidos; o bien desvela la personalidad de

algún poeta, como Antonio Agraz, por ejemplo, que se ha perdido en la sombra de la postguerra; o nos da la clave del pequeño acontecimiento del batallar diario que inspiró tal o cual composición. Se trata de un libro muy necesario para la comprensión de nuestra poesía y de nuestra historia.

Resulta imposible e inútil tratar de hacer una crítica literaria de los textos en él recogidos: tendríamos que revisar todos nuestros conceptos sobre qué es la poesía, para qué sirve y a quién va dirigida. Casi tendríamos que inventarnos una nueva estética, una nueva visión de la literatura toda. Nos queda, eso sí, la emoción: todos y cada uno de estos poemas están henchidos de ella, y la transmiten. Y muchos de ellos son **buenos**, incluso en el sentido convencional de tal palabra.

Otro tanto nos ocurre con el «Homenaje de Despedida a las Brigadas Internacionales», recuperado por Editorial Hispamérica, de Madrid. Aquí, el tono es distinto: los poemas pertenecen a autores todos de renombre: Alberti, Altolaguirre, Garfias, Gil-Albert, Hernández, Herrera Peterre, Neruda, Paredes, Pérez Infante, Prados, Serrano Plaja, Lorenzo Varela, introducidos por unas palabras de Antonio Machado: No se trata, pues, de un libro

(3) Editorial Nuestra Cultura.



Las «Liricografías» de Alberti son ilustración y clarín de una empresa —la última hasta el día de hoy— a la vez lírica y batalladora.

popular en el sentido estricto; y, sin embargo, como poesía circunstancial que es, posee el mismo valor que el que reseño más arriba. Un valor emotivo, tenso; los poetas citados despiden a sus compañeros de las Brigadas Internacionales, que abandonan España movidos por razones de «alta política»; ven la derrota un paso más cerca, y agradecen a quienes han tratado con ellos de impedirlo, su esfuerzo generoso. Si dejamos de lado el valor formal de algunas de las composiciones aquí recogidas, nos queda algo mucho más importante: la emoción.

El libro tiene además otro valor: su impecable edición, que hace de él una verdadera joya bibliográfica. Es casi un folleto, un cuaderno donde está recogido el testimonio de una época que nos es muy próxima.

Con la recuperación de todo el material bibliográfico y poético que da fe de nuestra guerra, se nos devuelve una cultura y un pensamiento, vivos todavía a pesar de los cuarenta años que han pasado en las catacumbas. Se nos demuestra también, por fin, que el pueblo español no es esa manada de borregos que desprecian a la cultura, como nos lo había enseñado el torpe pensamiento franquista; antes bien, se ve que el pueblo tiene un respeto inmenso por la cultura y por el arte, y se da cuenta que es un instrumento válido para su

liberación final; y que la poesía no es una manera de expresión reservada a unos pocos exquisitos que se alimentan de pétalos de rosa, sino que forma parte de un patrimonio intelectual común a todos.

La guerra civil terminó en 1939, pero la guerra entre poesía palaciega y poesía de la calle no ha terminado todavía, como no ha terminado la lucha social de la que es expresión. Hoy, solamente algunas publicaciones marginales, o ciertos periódicos de ateneos libertarios, de vida efímera y precaria, dan voz a la poesía del pueblo, a la poesía de combate. Esperemos que el ejemplo cunda, y que la literatura deje de ser privilegio de unos cuantos para convertirse en obra y patrimonio de todos nosotros.

■ E. H. I.

NOTA EDITORIAL: Las ilustraciones del presente trabajo, números 4, 5 y 6, forman parte de la obra gráfica de Rafael Alberti. Y la que acompaña a la entradilla es un trabajo de Picasso, inspirado en los horrores de la Guerra Civil. Dada la abundancia y reiteración de material fotográfico que existe sobre nuestra guerra, hemos preferido ilustrar este trabajo con expresiones artísticas de la época, que son igualmente testimoniales.